

Por qué y para qué una historia del trabajo social en clave afectiva¹⁰

Canela Constanza Gavrila
elcorreodecanela@gmail.com

Palabras claves: Historia del trabajo social – Afectos - Cuidados

El siguiente trabajo forma parte de mi tesis doctoral en proceso acerca de *La intervención profesional de los y las agentes del Servicio Social en la ciudad de La Plata 1930- 1955* en la cual pretendo realizar una investigación acerca del proceso de profesionalización y feminización de la asistencia social en dicha ciudad. La misma surge en continuidad de mi tesis de maestría en Trabajo Social titulada *Hermosear y vigilar: Las Visitadoras de Higiene Social de la Universidad Nacional de La Plata en el proceso de institucionalización del Trabajo Social en la Argentina (1922 - 1948)*. Con mi actual investigación además de realizar un aporte a la historia global del Trabajo Social, buscó potenciar el concierto multivocal de relatos de la historia profesional de manera regional.

En particular, me propongo compartir algunas reflexiones acerca de las posibilidades de construir una historia del trabajo social en clave afectiva. Esta perspectiva resulta deudora del feminismo y la teoría queer en su cuestionamiento a las relaciones de poder androcéntrica y heterosexistas. Como potencialidad nos permite re evaluar la dimensión afectiva de las experiencias y su relevancia para enfrentar los sistemas de conocimientos (Medina Domenech, 2012; Arfuch, 2004) y, en este caso, para establecer aportes sensibles que alienten los sentidos críticos de la historia profesional y posibiliten además hacer nuevas miradas acerca del carácter feminizado del trabajo social¹¹ y sus antecedentes.

La imposibilidad por considerar el valor de las experiencias y emociones en la producción de las ciencias sociales debemos ubicarlo en el momento de máximo apogeo de las mismas. Desde fines del siglo XIX ha operado este sistema de jerarquías del pensamiento moderno donde se establece una división entre mente y cuerpo, razón y emoción. Este fenómeno político, cultural y científico realizó el aislamiento al orden de lo privado de las emociones y afectividades en tanto podían resultar “peligrosas”, y construyó al espacio doméstico y privado en contraposición y subordinación del espacio público y político (Losiggio y Macon, 2017, p. 8). Es en este espacio “privado” donde se llevan adelante las tareas de cuidados que, aunque no sean descolantes del orden habitual, resultan imprescindibles para el sostenimiento cotidiano en tanto permite mantener rutinas y puntos de referencia para la vida (Moliner, 2019, p. 150). Estos trabajos se realizan

10 Dado que este encuentro ha sido pensado como instancia para el intercambio entre compañeres en formación, me tomaré la licencia de practicar una escritura menos coloquial -aunque viciada de citas y razones a mi favor- y más empática entre colegas con quienes comparto este espacio político y laboral, como así también horizontes críticos acerca de la práctica de la investigación.

11 El Trabajo Social se ha caracterizado por ser parte de un conjunto de profesiones feminizadas, como la enfermería, la terapia ocupacional, el magisterio, entre otras, que se designan así por encontrarse vinculadas a las acciones necesarias para el desarrollo del espacio doméstico y la sostenibilidad de la vida cotidiana como por ejemplo la elaboración de alimentos, el cuidado de la vestimenta, la contención afectiva y sentimental, entre otras. Este fenómeno de feminización es característico de la edad moderna, cuando, con la consolidación del sistema de producción y reproducción capitalista se robustece el modelo de familia nuclear y proletaria por la cual variados discursos médicos, legales, científicos, morales y políticos tienden a naturalizar la división sexual del trabajo, legitimando la separación entre el hogar y el trabajo, de modo que resultara eficiente a los fines de acumulación capitalista. La feminización es siempre presentada en contraposición con las acciones del mundo masculino, las actividades feminizadas “no merecerían” mayor atención puesto que no generarían bienes intercambiables en el mercado y, por lo tanto, resultan incapaces de alcanzar el estatus de trabajo, por lo que pueden desarrollarse en condiciones de máxima precariedad y polivalencia. Ver: Federici, S. y Cox, N. (1975) *Contraatacando desde la cocina en S. Federici, Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista. Traficantes de sueños.* Scott, J. (1993). *La mujer trabajadora en el siglo XX* en G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres.* V. IX. El siglo XIX. (pp. 427-461). Editorial Taurus.

de manera repetitiva y sin ser reconocidos como tales lo que favorece que sean considerados de manera “natural” y precariamente remunerados, incluso, cuando los trabajos de cuidados son profesionalizados.

A partir de la llegada del giro afectivo las ciencias sociales fueron conmovidas y el trabajo de los historiadores fue interrogado. Sobre las certezas empíricas y archivísticas en las que se posaba el oficio de narrar y construir pasados, las emociones, afectos y sensibilidades que hicieron y hacen a las trayectorias individuales y colectivas interrumpieron el monocorde sentido de las narrativas para volverse objeto de pesquisa (Medina Domenech, 2012) y un elemento a tener en consideración para dar cuenta de acontecimientos o procesos históricos (Cvetkovich, 2018).

Peter Burke (2005) reconocido historiador británico dedicado al estudio de la historia cultural “desde abajo”, alertó a sus colegas sobre los riesgos de trabajar sobre un sistema de representaciones de las emociones que resultara fiable y fidedigno para las investigaciones, en tanto las emociones y afectos incluyen vastos sistemas de significación. En este sentido, los *Affect Studies* (estudios de los afectos) proponen una respuesta a esta preocupación, a través del reconocimiento del sistema de jerarquías que se ha establecido para comprender las divisiones entre mente y cuerpo, razón y emoción que han operado desde fines del siglo XIX. Este fenómeno político, cultural y científico realizó el aislamiento de las emociones y afectividades en tanto podían resultar “peligrosas” al orden de lo privado, y construyó al mismo en contraposición y subordinación del espacio público y político (Losiggio y Macon, 2017; p. 8).

Sin lugar a dudas, el feminismo desde principios del siglo XX fue uno de los movimientos políticos dedicados a cuestionar la separación entre afectos y razón, en tanto la carencia de derechos cívicos y políticos daba cuenta de la carnadura que asumía esta diferenciación significativa entre los cuerpos. Como señala Macon (2017), esta segregación de lo emocional- afectivo adjudicado al ámbito privado resultó idéntico a la exclusión de las mujeres de la esfera pública, incluso a pesar de que han pujado por su participación mediante la formación profesional y el activismo político, en algunos casos incluso de manera unificada como han hecho las visitadoras que eran parte del Club de Madres de la ciudad de La Plata (Gavrila, 2017).

La larga historia del feminismo y su cuestionamiento a los modos de comprender la sociedad se reactualizaron en la década de 1960 a través de la consigna “lo personal es político” donde se puso de manifiesto en el espacio público como algunos problemas que se presentaban como íntimos o privados, correspondientes a la vida doméstica, no hacían más que reproducir y sostener lógicas de dominación que excedían los límites hogareños y que eran parte de relaciones de poder sobre las que se estructuraban las relaciones sociales familiares (Scott, 1986). Así la consigna “lo personal es político” se transformó en bandera por valerse de la experiencia como estrategia urgente para la enunciación situada e hizo evidente que también “lo emocional es político” en tanto las emociones y afectos conjuran modos específicos de la razón y la política (Medina Domenech, 2012, 165).

El hecho de que las mujeres – y quienes no respondían al binarismo de género- fueran expulsadas y rechazadas de los ámbitos científicos les dificultó su intervención en las comunidades epistémicas de construcción y de legitimación del conocimiento, generando como resultado una negación en desmedro del valor cognitivo de atributos como la emoción y la sensibilidad, que como ya hemos dicho han sido adjudicados al ámbito privado y a las mujeres (Mafia, 2007; Lorenzo, 2016).

Y aquí cabe que nos preguntemos ¿qué sabemos de los saberes empíricos ejecutados por las visitadoras de higiene social a principios del Siglo XX? ¿Vamos a conformarnos con los relatos de asistentes sociales angloparlantes como únicas pioneras, con el privilegio de la escritura, publicación y distribución? ¿Podríamos pensar desde una posición histórico crítica que simplemente

todas avanzaban masivamente a moralizar a la población? Me pregunto acerca de esas posturas ¿no será un poco prejuicioso limitar los alcances de los trabajos que implican “moralizar”?

Consideremos que desde principios del siglo XX en la Argentina la moral resultaba imprescindible como estrategia de control y disciplinamiento social, imponía la alteridad necesaria para organizar los límites de la nación a través del establecimiento de una cultura urbana y civilizada. El “otro”, a quien había que educar en términos morales, no era el extranjero en sí mismo, sino un extranjero moral, o sea, aquel que no acataba las sutiles intervenciones del Estado y la opinión pública respecto de cómo vestirse, actuar, caminar, hablar, etc. (Fernández y Hernández, 2014; p. 133-134).

Fue en ese este trabajo demiurgo por lograr que la población acatará las sutiles intervenciones del Estado donde las visitadoras de higiene intervinieron a través de multiplicidad de acciones. Trabajos como el levantamiento de interrogatorios con una ficha clínico social, estudio de casos puntuales, derivación a instituciones capacitadas para la resolución de las problemáticas, colaboración con la acción del médico a través del asesoramiento “sobre las causas sociales que obstaculizan la salud o bienestar del niño”, atender y explicar “las prescripciones dadas por el facultativo”, dar educación sanitaria a las madres, auspiciar obras de ayuda, inspeccionar la limpieza, fiscalizar los alimentos que son para la ayuda, armar talleres de oficios para madres, e incluso examinar diariamente a les niños, su vestimenta y alimentación, entre otras tareas, nos invitan a preguntarnos ¿Qué estrategias usaron para explicar las prescripciones médicas? ¿Cómo persuadían a la población de cambiar sus hábitos? ¿Qué afectos jugaron allí?

Trabajar con las emociones no pretende fetichizar acciones sensibles como parte de un pasado idílico de la profesión, sino entenderlas como resultado de procesos sociales, de disputas de sentidos; e incluso encontrar como se distribuyeron y se distribuyen en una economía de los afectos (Ahmed, 2015: 28).

Resta saber ¿Cómo daremos con la capilaridad del carácter sensible y afectuoso del trabajo de asistir? ¿Tenemos que encontrar nuevos documentos donde hallar las voces de las visitadoras o comenzar lecturas torcidas/ queer sobre los relatos canónicos de los “padres” de la profesión? ¿Qué haremos de aquí en adelante para conmemorar/ rescatar/ mencionar las afectividades de la práctica profesional?

Por suerte no tengo las respuestas y eso alienta a que las busque incansablemente, desde entrevistar a mujeres que han estado en contacto con las visitadoras y captar la sensibilidad del encuentro, hasta las lecturas a contrapelo de los mandatos médicos. Allí es posible la revalorización del orden afectivo y situado de las experiencias como fundamento y eje del conocimiento para la emergencia de voces y afectos que eran negados. En este sentido, me sumo a ese feminismo que invita a considerar cómo las emociones afectan al conocimiento, a las maneras en que trabajamos nuestros temas de investigación, como así también los modos en que relatamos nuestros hallazgos y decidimos develar – o no- las trampas y obstáculos en los que nos involucramos durante una pesquisa. Como diría Medina Domenech:

Así, tanto lo que constituye un problema en la vida, como la selección e interpretación de los problemas vitales son procesos donde lo racional es inseparable de lo emocional. Algo parecido podríamos aplicar a nuestro propio trabajo pues las emociones sin duda influyen en la tarea histórica de hacernos preguntas de investigación e incumben a nuestro propio método de trabajo. (2012, p. 166).

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Edinburgh University Press.
- Arfuch, L. (2004). *El espacio Biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Burke, P. (2005). Is There a Cultural History of the Emotions? En P. Gouk y H. Hills (eds.): *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music, and Medicine* (p.35-46). Aldershot, Hants.
- Cvetkovich, A. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Edicions Bellaterra.
- Fernández, J., y Hernández, D., (2014). La devolución de las cacerolas: representaciones sobre la mujer en la construcción de la Nación Argentina en D. Barrancos, D. Guy, y A. Valobra, *Moralidades y comportamientos sexuales. Argentina 1880- 2011*. pp. 131-154. Biblos.
- Gavrila, C. (2017). *La "exclaustración" del conocimiento científico sobre las problemáticas de hijos y madres. El caso de las Visitadoras de Higiene conferencistas de la Universidad Nacional de La Plata (1940- 1950)*. [Ponencia] XVI Jornadas Interescuelas Mar del Plata Departamento de historia. Universidad Nacional de Mar del Plata. <https://interescuelasmardelplata.files.wordpress.com/2017/09/31>
- Lorenzo, M. F. (2016). *"Que sepa coser, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a la universidad" Las académicas de la Universidad de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XX*. Eudeba.
- Losiggio, D. y Macón, C. (eds.). *Afectos políticos. Ensayos sobre actualidad*. Miño y Dávila.
- Macón, C. (2017). Ansiedad, indignación y felicidad para la emancipación: el camino de Mary Wollstonecraft en D. Losiggio, y C. Macón, (eds.). *Afectos políticos. Ensayos sobre actualidad* (pp. 31-50). Miño y Dávila.
- Medina Doménech, R. (2012). Sentir la historia. Propuestas para una agenda de investigación feminista en la historia de las emociones. *Mujeres a la izquierda: culturas políticas y acción colectiva, Estudios*, Vol. 19 1: 161-199
- Molinier, P. (2019). Salud y trabajo en trabajadores hospitalarios: cultura de la gestión, cultura del cuidado, ¿una conciliación imposible? en M. Wlosko y C. Ros (coords.), *El trabajo entre el placer y el sufrimiento* (pp. 143-163). Universidad Nacional de Lanús. <http://www.unla.edu.ar/novedades/nuevo-libro-digital-el-trabajo-entre-el-placer-y-el-sufrimiento>
- Scott, J. ([1986] 1996). El género. Una categoría útil para el análisis histórico en M. Lamas, (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG.